



Congreso Solar 2010

Heredia, Costa Rica

2-5 noviembre



Costa Rica, 2010

En 1978, la Universidad Nacional Autónoma de México (Unam) realizó el primer simposio *Sociedad Latinoamericana de Estudios Latinoamericanos y del Caribe* (Solar) con el objetivo de incentivar el estudio y la difusión de la realidad social y cultural de Latinoamérica y el Caribe.

Solar se desprende del Centro Coordinador y Difusor de los Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México (Unam) y ha reunido bianualmente a académicos e investigadores, bajo la organización de regiones como Colombia, Argentina (Buenos Aires), Chile, Argentina (Mendoza), Brasil (Sao Paulo), Nicaragua, México (Toluca), Cuba, Brasil (Río de Janeiro), Argentina (Bahía Blanca). En este intercambio de conocimientos y reflexiones sobre la temática latinoamericana, su organización hermana, la Federación de Estudios de América Latina y el Caribe (Fiealc), toma en cuenta, además, a Estados Unidos y Europa.

2010 fue el año en que el Instituto de Estudios Latinoamericanos (Idela) de la Universidad Nacional auspició la actividad, junto al Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe (Cialc) y la Unam. En esta oportunidad, el tema central fue: Centroamérica, mirando al sur y al norte de nuestra América. Construyendo el siglo XXI en el bicentenario de la independencia. La conferencia magistral de apertura "Los límites del marxismo y las posibilidades del pensamiento crítico en América Latina, estuvo a cargo del Dr. Rodolfo Meoño Soto, director en ese momento del Idela de la Universidad Nacional.

Otras presentaciones magistrales fueron: "El poema de 1810 José Martí ante las independencias hispanoamericanas", a cargo de Pedro Pablo Rodríguez, y "Metodologías para analizar lo que hemos pensado: historia de las ideas, historia de los intelectuales estudios culturales, análisis de discursos, estudios eidéticos. Reflexiones y propuestas", por el Dr. Javier Pinedo del Instituto de Estudios Humanísticos de la Universidad de Talca, Chile.

Scriptorium, en esta ocasión, presenta una selección de conferencias pertenecientes a académicos y estudiantes de la Universidad Nacional de diversos temas relacionados con problemáticas latinoamericanas.

Resumen: Esta ponencia constituye una síntesis de una investigación inédita desarrollada en la Maestría en Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional (UNA). Se expone el periodo comprendido de 1970 a 1994 con el fin de apuntar sobre qué tipo de profesionales fueron aquellos que llevaron a cabo las reformas liberales en México en la década de 1980, y cuáles fueron los elementos centrales de esas reformas.

Introducción

La presente ponencia constituye una síntesis de un trabajo de mayor amplitud que incluye los inicios del Estado posrevolucionario en México hasta el año de 1994. Debido al poco tiempo con el que se cuenta en esta exposición, se realizaron dos recortes al trabajo original. El primer recorte analiza estrictamente la década de los ochenta, sin dejar de lado la década de los setenta porque funciona como antecedente inmediato, y los primeros años de la década de los noventa. La segunda sección da énfasis a dos aspectos de las reformas liberales. En primer lugar, qué tipo de profesionales fueron los que llevaron a cabo estas reformas (graduados de la Universidad Nacional Autónoma de México (Unam) o del Instituto Tecnológico Autónomo Monterrey (Itam), predominantemente). En segundo lugar, se expondrá cuáles fueron los cambios estructurales de las reformas liberales en sus inicios.

Para el primer punto nos anclamos, sobre todo, en el estudio realizado por Sarah Baab, titulado *Proyecto: México: Los economistas del nacionalismo al neoliberalismo* (2003); y para el

¹ Ponencia presentada en el X Congreso Solar, Instituto de Estudios Idela, Universidad Nacional. Noviembre de 2010.

² Estudiante de la Maestría en Estudios Latinoamericanos del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional.

segundo, en el texto de Arturo Guillén: *México hacia el siglo XXI: Crisis y modelo económico alternativo* (2000). El primer apartado de la ponencia se titula “El populismo mexicano 1970-1982”, aquí se tratará la debacle de lo que en su momento se llamó el “milagro mexicano”, el Congreso de la Sociedad Latinoamericana de Estudios Latinoamericanos y del Caribe. Por su parte, el segundo apartado, denominado “Las reformas neoliberales”, tratará sobre los cambios estructurales y avanza sobre el perfil de los profesionales que llevaron a cabo estas reformas.

El populismo mexicano 1970-1982

Las palabras de Raúl Prebisch a principios de los años setenta puede acercarnos a la definición de populismo mexicano: “el populismo acude a la fuente inagotable de emociones para exaltar figuras carismáticas. Evade los problemas difíciles y sobrepone el inmediatismo redistributivo a la necesidad de transformaciones, a las soluciones de fondo que exige el desarrollo” (Prebisch, 1971:17). Sobre todo resulta importante el hecho de que el populismo se refugia en un inmediatismo cuando la situación amerita transformaciones más de fondo. El populismo de los setenta y principios de los ochenta en México se centró en arreglar una situación de raíces muy profundas a través del inmediatismo del endeudamiento.

Dos años antes de que comenzara el populismo mexicano se dio un evento central en la historia de este país, el cual marcaría un hito, ya que diferenciaría al período de gran crecimiento económico (1950-1970), de los comienzos del endeudamiento y, más tarde, la crisis. Este evento fue la matanza de Tlatelolco. El milagro mexicano había sido increíblemente exitoso para sus indicadores económicos, pero adolecía de un problema que igualmente le costó a Porfirio Díaz el fin de su régimen, un indomable avance social y político. Antes de que en el 2000 Vicente Fox asumiera el poder, se llevaban setenta años de que el PRI (Partido Revolucionario Institucional), de forma monopólica ejerciera el uso legítimo de la fuerza en México; a la par del crecimiento del PIB mexicano durante 1940-1970 existía una población predominantemente rural que carecía de la más mínima representación política, y aunque poseyeran grupos organizados (sindicatos, asociaciones, ligas, etc.) estas se encontraban manejadas por el mismo gobierno, esto lleva a la tesis de Pablo González Casanova quien a principios del populismo sostenía que existía un México marginal. Una contradicción de este tipo es que entre más creciera el PIB no se podría mantener silenciada. El movimiento mundial estudiantil surgido en el mayo francés tuvo su

efecto en México, los estudiantes de la Unam protestaron fuertemente contra un gobierno que sumía al país en desigualdad.

Este momento histórico coincidió con otro evento significativo para México, el gobierno había solicitado anteriormente al Comité Olímpico que las olimpiadas de 1968 fueran realizadas en su país y tal petición fue aceptada. Fue un hito histórico en tanto era la primera vez que un país del mundo subdesarrollado ejercía como anfitrión de un evento deportivo de esa talla. México desplegó su poder simbólico al mostrar al mundo su auge o que dejaba su pasado de subdesarrollo.

De modo contrario protestas de los estudiantes de la Unam fueron afianzadas ante la posibilidad de mostrar al mundo que el desarrollo del país era una falacia; ese supuesto desarrollo económico estaba signado por profundas deficiencias democráticas y desigualdades socio-económicas. El gobierno, a toda costa, buscó detener tales movimientos y diez días antes de que comenzaran los juegos olímpicos en Tlatelolco el gobierno realizó una matanza de 350 estudiantes que protestaban. Esta fue una herida que Luis Echeverría buscaría sanar a partir de políticas encaminadas a mejorar las relaciones entre el gobierno y la Unam.

Luis Echeverría asumió el poder en 1970 con una sociedad afectada por la matanza de dos años atrás y con un modelo desarrollista en vías inminentes de colapso. Sobre esto último es necesario hacer unas cuantas aclaraciones, durante el proceso de industrialización por sustitución de importaciones no se logró crear un sistema productivo nacional coherente e integrado (la meta era conformar una burguesía en una región como América Latina en donde siempre existió y existe una oligarquía esclerosada en su posición político-económica [Ribeiro, 1971]). Era irreversible la restricción externa, existía una incapacidad de los países subdesarrollados para generar las divisas necesarias para un verdadero desarrollo económico. Tampoco se logró crear una base tecnológica propia ni una base interna de acumulación de capital, problemáticas que se podrían llamar “sustitución perversa”, es decir, se lograron sustituir importaciones, las más baratas, pero se sustituyeron por otras importaciones más costosas. Además, se dio un énfasis a la industria que llevó a un descuido de la producción agropecuaria, lo cual impidió generar, desde el sector agropecuario, el capital necesario para impulsar a la misma industria.

Entonces, se estancó la industrialización que tendría por fase última la producción de bienes de capital, y por ende, se paralizó al país con la pérdida de su anterior autosuficiencia alimentaria.

Se comprende, entonces, que el gobierno de Luis Echeverría comenzó con grandes contradicciones sociales, económicas y políticas. Como solución se buscó llevar a cabo un conjunto de reformas económicas, se propuso una política de desarrollo compartido que tuvo como meta la justicia social y el reforzamiento de la independencia económica del exterior. Dentro de las reformas económicas destacaban, en primer lugar, la fiscal redistributiva, con la que se esperaba afectar a los grupos de altos ingresos, sin embargo, no fue aprobada debido a la resistencia de los grandes empresarios que experimentaban una baja en sus ganancias, producto de la crisis. Además, se buscó la disminución del endeudamiento externo y promoción de las exportaciones, medidas impulsadas con la creación del Instituto Mexicano de Comercio Exterior (Guillén, 2000: 40).

Las dos reformas mencionadas no dieron el efecto esperado. Un eje que el gobierno de Echeverría se proponía combatir era el aumento del gasto público, el cual, como proporción del PIB, pasó de 26% en 1970 a 35,2% en 1976; pero ante el fracaso de la reforma fiscal redistributiva, el déficit presupuestal del sector público durante el mismo período pasó del 5,6% al 10,3% del PIB. A esto se le suma el hecho de que la deuda se triplicó, ya que pasó de 6 090 millones de dólares a 25 900 millones; el endeudamiento se contrajo sobre todo con la banca privada transnacional (Guillén, 2000: 41).

Para la mitad del sexenio se volvieron a presentar desacuerdos entre el gobierno y el sector empresarial, con lo cual se contrajo la inversión privada y se aceleró la fuga de capitales. Al final de esta administración se dio una devaluación del peso de más del 100% en relación con el dólar. Cuando José López Portillo entró al ejecutivo se firmó el primer acuerdo de contingencia con el FMI, con lo que comprometió a la nación a limitar el endeudamiento público, reducir el medio circulante, restringir el gasto público, poner topes a los aumentos de salarios (aquí comienza una pauperización del salario real de los trabajadores que se extiende hasta nuestro días), liberalizar el comercio exterior y reducir el crecimiento del sector paraestatal de la economía.

Este gobierno, a diferencia del anterior, buscó reconciliarse con el sector privado y dejar de lado el desarrollo compartido y las políticas redistributivas. Aun así se considera este sexenio como el último respiro de los deseos de industrialización. Se llegó a realizar una estrategia expansiva que tenía por base la explotación intensiva de los campos petroleros del sureste del país; se sabe que durante este gobierno se llegaron a exportar en promedio más de 800 000 barriles diarios. Tal estrategia expansionista encontró su financiamiento en el crecimiento acelerado del gasto público (no se llevó al pie de la letra lo negociado con el FMI) y el endeudamiento exterior. De este modo, el gasto público creció con respecto al PIB, el cual pasó de un 35,2% en 1976 a un 43,6% en 1982. Y, con respecto a la deuda, se contrataron recursos netos por 61 700 millones de dólares, 3,3 veces más de lo contratado por administraciones anteriores (Guillén, 2000, 44). De esta manera, el crecimiento anual del PIB fue superior al 8% durante este período, uno de los porcentajes más altos en la historia mexicana, pero esto no pudo contrarrestar los desequilibrios estructurales que se manifestaban en la inflación, que para 1981 llegó a un 28,7%, y aún esperaban muchos cambios en este indicador.

Para 1982 el optimismo en la situación económica desapareció, se dio una baja de cuatro dólares en el precio del barril del petróleo, lo que obligó al gobierno a recurrir al crédito externo de corto plazo para buscar mantener el tipo de cambio, frenar la fuga de capitales y cubrir el servicio de la deuda externa. Para agosto de ese año, la deuda externa había llegado a unos 87 600 millones de dólares.

Las reformas neoliberales

La situación de la ciencia económica al final del populismo había cambiado considerablemente en México. Los eventos de 1968 produjeron un cambio de la contratación gubernamental de economistas (centrales en el Estado posrevolucionario durante el milagro mexicano, con sus tendencias pro-estatales en la economía). Los que durante el milagro mexicano fueran los economistas que llenaran la necesidad profesional estatal, es decir, los de la Unam, quedaron en descrédito por sus tendencias insurgentes. La institución que rechazó a los egresados de la Unam fue el Banco de México, aunque esto no quiere decir que se quedara sin un andamiaje profesional: “A lo largo de la historia del Itam los graduados que hicieron carrera en el sector público se orientaron abrumadoramente hacia la burocracia financiera. El ‘punto de

entrada' inicial al sector público fue el Banco de México, una institución con importantes lazos históricos con el Itam y con un pronunciado desincentivo ideológico para contratar graduados de economía de la Unam” (Baab, 2003: 237).

En los años ochenta, la economía del Itam tuvo como característico la adopción de un proceso de americanización, con una formación nula en marxismo (que tuvo su apogeo en contraste en la Unam), y con declarado énfasis hacia una economía más matematizada y hacia la econometría. Detrás de sus números y fórmulas, que se representaban como último estandarte de la neutralidad axiológica, se encontraba un total sesgo ideológico hacia la economía neoclásica.

Alrededor de 1982 la deuda externa era una crisis latente que se rebalsó el 18 de agosto cuando, ante la incapacidad económica de pagar la deuda, Jesús Silva Herzog Flores (graduado de Harvard e hijo del fundador de la carrera de economía de la Unam) comunicó a las entidades financieras internacionales y al gobierno de los Estados Unidos que México no podía pagar la deuda. La forma de afrontar la crisis no tuvo un consenso al interior del gobierno, principalmente existían dos enfoques al interior de la burocracia política mexicana que eran sostenidos por distintos economistas formados en el extranjero. Por un lado, se encontraban los “desarrollistas radicales” (por ejemplo, Carlos Tello) asociados al gobierno de López Portillo, y por otro se encontraban los conservadores fiscales y monetaristas. Estos últimos, en su mayoría graduados de Estados Unidos, habían trabajado por años en la burocracia del sector financiero; mientras los primeros, egresados de la Universidad de Cambridge en Inglaterra (semillero de ideas keynesianas y post keynesianas), tenían puestos en la Secretaría del Patrimonio Nacional.

López Portillo declaró a Miguel de la Madrid como candidato oficial a la presidencia, situación que lo ungió con el poder ejecutivo. Este hecho condicionó a los estudios de Harvard como el grupo que implementaría las medidas necesarias. De la Madrid, por su parte —como buen egresado de Harvard— giró la balanza de poder hacia los conservadores fiscales y monetaristas. En pocas palabras, las reformas liberales fueron posibles debido a una mampara administrativa: egresados economistas de universidades estadounidenses que tendían hacia el “sentido común neoliberal” expuesto por Bourdieu. Las figuras centrales de este proceso fueron Jesús Silva Herzog Flores, graduado de Harvard, además del director del Banco de México, Miguel Mancera, graduado del Itam y de Yale, un conservador hasta la médula.

Sobre el gobierno de de la Madrid se puede destacar lo siguiente: “El gabinete de de la Madrid estaba lleno de maestros y doctores formados en Estados Unidos en un cantidad nunca antes vista en el gobierno mexicano, y casi uno de cada cuatro funcionarios gubernamentales habían estudiado en Estados Unidos” (Baab, 2003: 250). Se mencionarán, a continuación, las reformas liberales en el gobierno de de la Madrid.

Apertura unilateral y acelerada de la economía

Este proceso se llevó a cabo de forma unilateral a partir de 1985, y fue “uno de los programas de apertura comercial más rápidos y amplios que se registran en la historia moderna”, constituyó un proceso paradójico porque “la apertura externa de la economía mexicana coincidió con el reforzamiento del proteccionismo en los países desarrollados que, de esa manera, hacían frente a la creciente competencia internacional y a las tendencias deflacionistas desatadas por la crisis de la deuda externa y las políticas antiinflacionarias de corte monetarista” (Guillén, 2000: 56).

Flexibilización de la política de inversiones extranjeras

La deuda en México había imposibilitado adquirir productos financieros en los bancos comerciales internacionales junto con una contracción de la inversión privada. Por su parte, la inversión pública estaba paralizada como efecto de las políticas de ajuste estructural. Por estas razones, se buscó flexibilizar la política en materia de inversión extranjera, lo que permitía el ingreso de proyectos de IED hasta con un 100% de capital extranjero. Específicamente, para 1983, se fomentó la IED centrada en la industria automotriz y la de computación. Tales políticas no surtieron su efecto, pues mientras entre 1978 a 1982 el promedio anual de IED fue de 2 138,9 millones de dólares, entre 1983 a 1985 fue de apenas 447, 4 Esto se vería transformado después de 1986 con el inicio de las privatizaciones de las entidades del sector público y la puesta en marcha del programa de intercambio de deuda pública por inversión (Swaps), con lo cual, en los dos años siguientes, el promedio llegaría a 2 454,7 millones de dólares.

Redefinición de las funciones del Estado y el redimensionamiento del sector paraestatal

A finales de 1982 existían unas 1155 entidades paraestatales, las cuales tenían su accionar en el petróleo, petroquímica básica, minería, electricidad, telefonía, comunicaciones, ferrocarriles, transporte aéreo, química, automotores, acero, azúcar, bienes de consumo duradero, banca, comercio y servicios. Tales entidades llegaban a ocupar un millón de trabajadores, alrededor de un 10% del empleo total, y su participación del PIB era de un 18,5%. Con Miguel de la Madrid se inició un conjunto de transformaciones a nivel estatal, lo que sería un redimensionamiento más que una privatización desenfrenada (aunque la privatización vendría más tarde): “La privatización entrañó refuncionalización de la intervención económica estatal y no el fin de esta, como a veces se le interpreta en algunos análisis, tanto liberales como proestatistas. Perdió importancia el Estado propietario y el uso de instrumentos fiscales a favor de mecanismos de regulación monetarios y financieros. El predominio de estos instrumentos lejos de significar la instauración de una economía de libre mercado, representó el tránsito a una nueva forma de participación estatal” (Guillén, 2000: 65).

Creación de un sistema financiero paralelo que operó al lado de la banca nacionalizada

En 1982 se había realizado una estatificación bancaria. Con el fin de restablecer las relaciones con los banqueros, de la Madrid les regresó la participación accionaria de los bancos, de las empresas industriales, de servicios y del sector financiero paralelo (casas de bolsa, compañías de seguros, etc.). Esto sería el antecedente de la privatización bancaria. Dentro de este proceso de Congreso de la Sociedad Latinoamericana de Estudios Latinoamericanos y del Caribe amasarían grandes fortunas como la de Carlos Slim, Roberto Hernández, Harp Helú, Jorge Lankenau, José Madariaga, Hugo Villa, Antonio del Valle, Ángel Rodríguez, Raymundo Gómez Flores.

Como se mencionó anteriormente, estos cambios estuvieron precedidos por una mampara administrativa, puestos estratégicos especializados en economía en universidades estadounidenses. Para dar una idea de esta situación, mencionaremos algunos puestos de nivel superior y medio que tuvieron influjo en la elaboración de políticas en México (datos específicamente de quienes ocupaban los puestos hacia el año de 1994):

1. Carlos Salinas de Gortari: presidente. Sacó su licenciatura en economía en la Unam en 1969 y se doctoró en Economía política y gobierno en Harvard en 1978.
2. Pedro Aspe Armella: secretario de Hacienda, sacó su licenciatura en el Itam en 1974 y se doctoró en economía en el MIT cuatro años después.
3. Guillermo Ortiz Martínez, Subsecretario de Crédito en la Secretaría de Hacienda, sacó su licenciatura en economía en la Unam en 1972 y se doctoró en economía en Stanford en 1977.
4. Francisco Gil Díaz: subsecretario de Ingresos. Se licenció en economía en el Itam en 1976, y se doctoró en economía en la Universidad de Chicago en 1982.
5. Marín Mandón garza: director de Crédito para el desarrollo del Banco de México. Se licenció en economía en la Universidad Autónoma de Nuevo León en 1965, y se doctoró en economía en el MIT en 1967 (Baab, 2003: 234-235).

En síntesis, la intención de este breve recuento fue el llamar la atención sobre dos puntos. En primer lugar, las reformas liberales llevadas a cabo en México durante la década de los ochenta fueron ejecutadas por un tipo de profesionales específico, en su mayoría economistas, quienes, aunque tuvieran formación de base en México ya fuera en la Unam o en el Itam, la mayoría estudió en Estados Unidos en universidades caracterizadas por haber aportado a la construcción del sentido común del neoliberalismo y la difusión de teorías neoclásicas por América Latina. En segundo lugar, es necesario apuntar los cuatro cambios estructurales primordiales durante el gobierno de de la Madrid que llevaron a la transformación de la economía mexicana, estos fueron la apertura unilateral y acelerada de la economía; la flexibilización de la política de inversiones extranjeras; la redefinición de las funciones del Estado y el redimensionamiento del sector paraestatal; y la creación de un sistema financiero paralelo que operó al lado de la banca nacionalizada.

Referencias

Baab, Sarah. *Proyecto México: Los economistas del nacionalismo al neoliberalismo*.

México: Fondo de Cultura Económica, 2003.

Guillén, Arturo. *México hacia el siglo XXI. Crisis y modelo económico alternativo*.

México: Universidad Autónoma Metropolitana, 2000.

Moreno-Brid, Juan Carlos y Ros, Jaime. “México: las reformas de mercado desde una perspectiva histórica”. *Revista de la CEPAL* (84): 35- 57, 2004.

Prebisch, Raúl. *Transformación y desarrollo: la gran tarea de América Latina*. México: Fondo de Cultura Económica, 1970.

Riveiro, Darcy. *El dilema de América Latina: estructuras de poder y fuerzas insurgentes*.

México: Siglo XXI, 1971.

Scriptorium